

La ciudad azul

Publicado originalmente en la revista número 55 de diciembre de 2010

Iñaki Ábalos

(España, 1956 - v.)

Arquitecto, Doctor Arquitecto, catedrático en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid. Profesor invitado y visitante en numerosas universidades del mundo. Socio fundador en *Ábalos & Herreros* y en *Ábalos + Sentkiewicz Arquitectos*. Su producción arquitectónica ha sido publicada en infinidad de textos. Autor de varios libros e incontables artículos.



Resumen

La utopía, entendida como una representación ideal del futuro humano, etimológicamente sin ubicación: del griego ού *ou* “no”, τόπος *tópos* “lugar” y el latín *-ia* “-ia”, es el objeto sobre el cual versa Ábalos en la descripción que regala a través de este ensayo corto. El autor plantea que el desplazamiento del centro del mundo hacia la zona intertropical y la consecuente policentralidad, rompiendo el tradicional mapa global, requiere un nuevo tipo urbano híbrido y mestizo para el futuro próximo de la humanidad, en el cual surja una nueva estética producida por la tecnología del norte enriquecida con la naturaleza tropical, para dar lugar a un paisaje más cercano a la esencia humana.

Palabras clave

Arquitectura, ciudad, estética, urbanismo, utopía.

Datos

Comenzaré mi exposición sobre lo que he denominado “la ciudad azul” con unos pocos datos de referencia, de sobra conocidos, pero que permitirán acotar el contexto de esta idea de ciudad.

La franja tropical/subtropical ha experimentado profundas mutaciones en los últimos treinta años, tanto demográficas como económicas. A principios de

siglo ni una sola de las diez ciudades más habitadas del planeta estaba en el trópico (Tokio, entonces la séptima ciudad, con millón y medio de habitantes, sería la excepción si hablásemos también de la región subtropical). Hoy, si buscamos las diez ciudades más populosas del planeta tan solo encontraremos Moscú fuera del cinturón tropical (si nos extendemos a las veinte mayores ciudades encontramos también, en los puestos dieciséis y dieciocho a Nueva York y Londres. Si en vez de ciudades buscásemos áreas metropolitanas los resultados variarían poco; solo quedaría incluida el área de Nueva York-Nueva Jersey entre las diez primeras). Pero, además, ha aumentado en paralelo la población urbana; hoy el 80 % de la población mundial vive ya en ciudades. Se da también la coincidencia de que basta observar el mapa de las grandes metrópolis, especialmente en la franja tropical/subtropical, para darse cuenta de que una mayoría prácticamente absoluta de ellas está ubicada frente al mar; que las ciudades tropicales/subtropicales con éxito son casi siempre ciudades costeras. En España, la población que ocupaba la franja costera ha pasado en el siglo xx de representar menos del 10 % de la población a contar con el 25 % del total.

Varios factores han influido en este transvase de población hacia el trópico y hacia el mar; la deslocalización de empresas debido a la economía global, el turismo y los movimientos migratorios unidos al propio crecimiento demográfico. Es conocido que en el régimen de acumulación flexible —tal y como David Harvey denomina al capitalismo contemporáneo frente al modelo de acumulación fordista— la relación entre materia prima y producción ha perdido cohesión, tanto por la aparición de nuevas formas de generación de riqueza ajenas a la manufactura como porque, aún en los sectores productivos industriales tradicionales, mejores condiciones de contratación de mano de obra hacen hoy rentable el desplazamiento de las materias primas. Es conocido también el vertiginoso incremento de peso del sector servicios en la economía actual, propiciado por la revolución digital y telemática que ha alterado las concepciones tradicionales espacio

temporales. La relación entre un régimen de producción de capital que no demanda ni proximidad ni en muchos casos existencia de materia primas —como el sector servicios— y un desplazamiento y crecimiento de la población hacia áreas del globo caracterizadas por el “buen tiempo” y la contigüidad con la línea costera, se aparece así como una consecuencia de dos movimientos, uno estrictamente económico, la búsqueda de mano de obra barata y nuevos hipotéticos mercados, otro estrictamente ligado a las voluntades individuales que, desde la democratización del ocio en las posguerra de los cincuenta, no han dejado de sentirse hechizadas por la vida placentera a la que se asocian estos lugares (una asociación en la que seguramente los propios industriales del sector turístico y sus estrategias mercadotécnicas han tenido mucho que ver). El azul del cielo y el azul del mar como grandes atractivos, económicos y poblacionales, es el resultado, y este es un fenómeno estrictamente contemporáneo, ni siquiera moderno. De hecho, da lugar a un modelo de implantación del hombre en el plantea que es casi una inversión literal del modelo de la modernidad. Esta es la ciudad azul.

El turismo es obviamente una de las industrias hoy más importantes, moviendo al año a más de 700 millones de personas con recursos económicos. Su evolución es interesante porque si por una parte es una industria —a pesar de las continuas “crisis” que se enuncian en los medios— que nunca ha dejado de crecer (y esto es ya un hecho bien singular), la forma en la que el mercado turístico ha ido evolucionando señala un claro desplazamiento de atracción desde los polos tradicionales a la franja tropical/subtropical. La atracción de una vegetación exuberante y muchas veces exótica, así como las condiciones climáticas y el mar, suponen tres elementos decisivos en la evolución de una industria que si aún hoy está capitalizada por algunas ciudades como París y Nueva York, no solo se desplaza cada vez de forma más intensa hacia la franja tropical y subtropical, sino que retiene en ella a una parte sustancial de la masa turística, a menudo tras la jubilación de los profesionales. Así, si los

diez primeros países turísticos acaparaban en los años cincuenta el 88 % de los turistas, hoy apenas se reparten el 49 %. Si comprobamos también el auge del turismo hacia los continentes antes olvidados y vemos las gráficas prospectivas que aumentan la tendencia, completaremos el cuadro a grandes rasgos que se perfila para las primeras décadas del siglo XXI.

Habría que hacer algunos matices: en realidad el régimen de acumulación flexible aprovecha el atractivo y los precios bajos, y estos últimos desaparecen según crece la riqueza de la población. A pesar de los cambios experimentados, aún hoy los tres destinos turísticos principales son Francia, Estados Unidos y España. El modelo de turismo de playa está, según todos los expertos, agotado o a punto de agotarse. La franja tropical, hoy superpoblada, es la zona más expuesta del mundo a acciones naturales indeseables cuya prevención es urgente y costosa. El ecoturismo, mencionado reiteradamente como una alternativa, aún hoy tiene una incidencia baja. Consolidar su atractivo para garantizar el futuro obliga a proyectar ese futuro políticamente de forma seria, equilibrar la población y los recursos, preservar el aire, el agua y el verde. Las cosas no están resueltas ni hay panaceas, pero sí un cuadro fluido que muestra su orientación prospectiva y nos explica quiénes somos a través de cómo nos localizamos. Un cuadro, como es sabido, bien distinto al que hace un siglo podían hacerse los arquitectos modernos para los que aún Estados Unidos era una fuerza emergente con escalas, técnicas y sistemas de colonización del territorio inéditas en Europa, entonces el centro de la cultura moderna.

La ciudad azul. Genealogía

Lo que era exótico en la modernidad (Le Corbusier visitando Brasil, Argel e India; Niemeyer, Costa, Burle Marx construyendo un nuevo Brasil, etc.) hoy es central y protagonista del futuro. Una vez rotas parcialmente las relaciones materias primas-producción, las relaciones jerárquicas N-S dan paso a conversaciones E-O que ponen de relieve el interés que las cuestiones

climáticas o paisajísticas, y el uso del tiempo libre, han adquirido en la sociedad contemporánea. Esta idea de Bruno Stagno es clave, pero aún no se pone en práctica de forma sistemática.

La ciudad azul es el último capítulo aun escribiéndose de los viajes de la fantasía pintoresca. El Gran Tour ilustrado y las excursiones a la región de los lagos y otras de interés paisajístico de Gran Bretaña —que vulgarizaron la experiencia del Gran Tour y la extendieron a la clase burguesa— son la clave para entender los orígenes de ese atractivo ejercido por el trópico, cuyo primer apóstol fue Alexander von Humboldt, hijo de la estética pintoresca. Recordaremos, de forma sucinta, las principales ideas de la estética pintoresca: fusión naturaleza-artificio, secuencias narrativas frente al objeto estático, invención del genio del lugar como instrumento proyectual, primacía de la percepción empírica frente a la racionalidad analítica (alzado *versus* planta, apuntes del natural). Al descubrimiento de la belleza de los paseos por la región de los lagos en Escocia, por William Gilpin, le sigue la teoría pintoresca de Uvedale Price y el auge del jardín inglés. Tras ellos surgirá el interés por el mediterráneo (Sicilia, Grecia); el interés hacia España y Oriente en general (Washington Irving); hacia América tropical y los volcanes (Humboldt); hacia los balnearios y las playas. Después, de la mano de Olmsted llegará la creación de los parques públicos y luego los parques nacionales y los sistemas de parques. Después vendrían las zonas verdes de la Carta de Atenas, la ciudad verde lecorbuseriana, los monumentos naturales, la “sección del valle” de Patrick Geddes, que dio lugar al concepto de ciudad-región. Más recientemente los movimientos ecologistas, Greenpeace, las reservas de la biosfera, la Declaración de Río, la Agenda 21, el desarrollo sostenible, los acuerdos de Kioto... todos estos episodios, vinculados entre sí, están en el código genético de la ciudad azul. Todas estas etapas han descrito el paso de una apuesta estética elitista a una agenda política universal, y desde unas fincas próximas a Escocia o Londres a un cinturón tropical/subtropical que contiene el grueso de la población mundial y de las reservas de la biodiversidad.

Como alguien dijo, el siglo xx es la historia de una persona que a los veinte tiene una gran crisis y otra a los cuarenta, y que tras una época de gran riqueza en los cincuenta y sesenta, basada en la industrialización, tiene un achaque a los setenta y tres —la crisis energética— que le obliga a dejar paso a una nueva cultura. El modelo del mundo de la arquitectura del xx estaba basado en el positivismo y la industrialización. Solo el reformismo social de algunos daba un papel testimonial a la naturaleza, la gran vencida por la cultura industrial. Aquí una cosa y allá la otra. Ese es el modelo que ha ido siendo puesto en crisis, incluso por los mismos protagonistas de la modernidad, a veces de forma esquiva, como Le Corbusier. Un modelo dicotómico, naturaleza e industrialización, equivalente a la división del trabajo dentro de nuestra profesión entre paisajistas (fondo) y arquitectos (figura). Pero este modelo está dando lugar a una cultura en la que tales divisiones maniqueas ya no tienen razón de existir. Esta nueva cultura se ha estado incubando y tiene ahora armas políticas y científicas. Pero no será adulta hasta que no tenga una estética asociada e independiente, un “estilo”. Ese estilo debe marcar la identidad de la ciudad azul y es el trabajo propio de los arquitectos contemporáneos.

Para definir el estilo de esta ciudad hay que saber cuál es el atractivo de estas tierras que Alexander von Humboldt “descubrió”, y hay que desarrollar técnicas propias y actualizadas con las que operar con garantías a largo plazo: encontrar las técnicas y la estética que den voz propia a la arquitectura y el paisaje de la ciudad azul.

Parece indiscutible que es necesario integrar la cultura paisajística y medioambiental, seriamente, en la enseñanza; dejar de pensar la materia como algo pasivo y formal, y devolver a la noción de energía, que Aristóteles inventó, —la esencia de la materia como un proceso de paso de potencia a acto continuamente actualizándose, desbloqueando así la antítesis entre ser y puro devenir heredada de los pensadores griegos previos— un papel protagonista en las concepciones estéticas, arquitectónicas y paisajísticas. Para lograrlo debíamos

repensar la disciplina en el contexto contemporáneo, al menos a cuatro escalas.

Las cuatro escalas. La escala técnica

A escala de técnicas es evidente la dependencia con la que nos encontramos los profesionales de un modelo tecnológico puesto a punto en la modernidad para las áreas desarrolladas del norte, así como la profunda irracionalidad que ello conlleva, incluyendo las soluciones canónicas que los modernos improvisaron con más buena fe que criterio científico, para el contexto tropical. Hay que abolir tanto las importaciones tecnológicas como los clichés modernos. España, Brasil e Indonesia, entre otros, deben trabajar como países industrializados que son, en una tecnología avanzada propia de este cinturón E-O. Los primeros ejemplos de actitudes seriamente comprometidas inauguran una nueva proyección de la arquitectura sobre las cuestiones medioambientales, que no es ni el modelo tercermundista del *pay-pay* y el chiringuito, ni las exhibiciones ferolíticas e hipermecanicistas que llegan del norte. Encontramos en ellas, sistemáticamente, una fusión natural-artificial que sería, por así decirlo, el rasgo más característico a todas las escalas (no por casualidad el gran rasgo iniciático del pintoresquismo, con el que comenzábamos esta digresión).

Aquel contraste entre naturaleza y artificio de la modernidad se disuelve, y fondo y figura componen un artefacto/proceso/objeto único, integrado, complementario y mestizo. “Técnica híbrida, estética mestiza” es el título de un micromanifiesto que publicamos hace tiempo y que podrá aclarar algo en qué dirección podría desarrollarse esta estética: “Técnica híbrida, estética mestiza”. La sensibilización hacia las políticas de la naturaleza ha influido en los paradigmas técnicos desplazando el interés desde los experimentos de alta tecnología —sin duda un residuo del espíritu moderno— hacia modelos híbridos, en los que el acento ha pasado a ponerse en la interacción entre materiales naturales —masivos e inertes energéticamente— y materiales artificiales altamente sofisticados —ligeros

y activos energéticamente—, sensibles en su comportamiento a las variaciones del entorno, dando lugar a sistemas compuestos en los que los primeros tendrían un papel acumulador y reductor de los intercambios, y los segundos como generador, captador de recursos energéticos. Este nuevo modelo tecnológico supone un desplazamiento desde los aspectos de organización material —producción en serie, simplificación de montaje, optimización de tiempos y coste, etc.— hacia la organización racional de las energías consumidas tanto en la producción como en el mantenimiento de lo construido; un desplazamiento que permite concebir hoy los “sistemas” ya no desde la coherencia y unidad de los materiales sino desde su coherencia ambiental, abriendo así el campo a experimentaciones en las que la mezcla coherente de materiales heterogéneos pasa a ser un rasgo visual nuevo y característico. Una materialidad híbrida que implica una transformación profunda de los ideales estéticos en sintonía con el mestizaje de nuestros paisajes humanos.

El nuevo modelo tecnológico abre un campo inédito de experimentación estética y en él deben trabajar los arquitectos de la franja tropical/subtropical sin complejos, sabiendo que están abriendo un territorio inexplorado en el que la tecnología, elementos y materiales tradicionales, y materiales naturales conviven creando nuevas entidades. Todavía hoy son muy pocos los que tienen conciencia de este nuevo protagonismo que está reservado a los arquitectos hasta hace bien poco, receptores de los valores culturales importados de Europa y América. Y esa conciencia es un primer paso necesario para que tales técnicas y estéticas se abran paso.

La escala urbana

La ciudad azul es el territorio en que deben integrarse las formas de pensar el fenómeno urbano, individualizadas por el paisajismo, la ecología y el urbanismo.

La ciudad azul es heredera de la ciudad verde, de la “sección del valle”, pero es otra entidad diferente de todas aquellas referencias, una ciudad en la que el aire

y el agua, el cielo y el mar han pasado a ser los recursos naturales más valiosos y más políticos (de polis, ciudad): verdaderos materiales de construcción —y, mal administrados, de destrucción—. Es heredera de la sección del valle, pero nuestro valle es único y universal, la aldea global, y sometido a perturbaciones permanentes (el efecto mariposa) que obligan a políticas de protección civil a escala planetaria. El fondo del valle, el lugar reservado por Geddes a la metrópoli, es ahora el trópico y las regiones subtropicales, el cinturón del globo. Rossi mencionaba a Lévi-Strauss en *Tristes trópicos*: “la ciudad es la cosa humana por excelencia” decía, y copiaba tecnologías y morfologías que Lévi-Strauss había trasladado del mundo natural a las organizaciones sociales primitivas. Rossi las trasladaba de la organización social y del mundo natural a la fábrica artificial que él imaginaba eran las ciudades. La memoria, los tipos y las morfologías están en la naturaleza y en la sociedad y comienzan a ser hoy entendidas en el marco de la ciudad azul, precisamente porque la disolución de límites entre naturaleza y ciudad condensa la agenda de la ciudad azul: tanto la naturaleza como la fábrica se mezclan, son el disolvente que permite la aparición de una amalgama que se diferencia tanto de una como de la otra. La cita completa de Lévi-Strauss no deja lugar a dudas:

Por lo tanto, y no solo metafóricamente, tenemos el derecho de comparar, como tan a menudo se ha hecho, una ciudad con una sinfonía o un poema: son objetos de la misma naturaleza. Quizás más preciosa aún, la ciudad se sitúa en la confluencia de la naturaleza y del artificio. Congregación de animales que encierran su historia biológica en sus límites y que al mismo tiempo la modelan con todas sus intenciones de seres pensantes, la ciudad, por su génesis y por su forma, depende simultáneamente de la procreación biológica, de la evolución orgánica y de la creación estética. Es a la vez objeto de naturaleza y sujeto de cultura; es individuo y grupo, es vivida e imaginada: la cosa humana por excelencia (1997, s. p.).

El espacio público/espacio natural

La ciudad azul, con su benigno clima favorece las den-

sidades y el crecimiento en altura de los rascacielos con la misma facilidad que lo hace sobre las especies naturales de la jungla. Y da forma a una topología porosa, de vacíos y grandes concentraciones, de memoria y áreas puramente tecnológicas, atravesadas por grandes infraestructuras rizomáticas de conectividad. Tiene una conformación propia, natural y artificial, como Banham entendió que la tenía Los Ángeles (la playa, las autopistas, la parte histórica, las montañas), que no es metafórica ni utópica como la ciudad verde lecorbusiana, sino literal.

La ciudad azul así organizada da protagonismo al cuerpo humano, al confort proporcionado por el clima —soleamiento, humedad, meteorología— y por la mezcla o el mestizaje humanos. Crea así una nueva modalidad de espacio público: las playas, los paseos marítimos, los parques terrestres y fluviales, como en Río de Janeiro, como en Sidney, lugares sin “representación” política, de intensa mezcla e intercambio de los cuerpos entre sí, de cada cuerpo con el sol, el cielo, el aire, el mar, la humedad. No es ninguna banalidad como propuesta contemporánea de un verdadero espacio público.

La ciudad azul consolida un nuevo paisaje, en parte hecho de una naturaleza exuberante, en parte de la proyección de una mirada estética sobre los paisajes antrópicos, en parte de las tradiciones locales, en parte del consumismo vorazmente excitado universalmente por el capital. Áreas intocadas, áreas de protección en las que convive el hombre, la actividad productiva y la naturaleza, y áreas inmensamente entrópicas conforman una estructura temporal y del espacio público que la ciudad azul comparte con las llamadas “reservas de la biosfera”, territorios con diversos grados de protección dinámica (frente a los Parques Nacionales intocables prácticamente por el hombre); que son una amalgama de naturaleza y actividad humana componiendo un ecosistema completo y sostenible, con futuro, tanto en términos de progreso y economía como de biodiversidad. En términos estéticos, este modelo de estructura del territorio casi diríase un *aggiornamento* de la estética pintoresca.

Los tipos arquitectónicos

Por último, la escala de los tipos arquitectónicos. Los tipos monofuncionales modernos y su organización urbana segregada se abren en la ciudad azul hacia nuevas tipologías híbridas, que reproducen la complejidad del conglomerado urbano a escala de edificio; mezclas de espacios naturales, públicos y privados dan forma a nuevos artefactos cuya escala no es tan significativa como su automorfismo, su capacidad de replicarse a todas las escalas a lo largo de la franja tropical/subtropical. En ellos la verticalidad, la constitución como organismos de estructura espacial vertical es, como ya hemos mencionado, casi una mimesis de la exuberancia de la vegetación natural y su empuje vertical en la jungla y los bosques húmedos. Dan forma así a una ciudad que, precisamente por la interacción entre medio físico y actividad humana, naturaleza y cultura, exige replantear los tipos de la modernidad, en especial rascacielos, pero no solo, también edificios culturales y museísticos, creando nuevas modalidades en las que se articula, de forma coherente, la relación entre conocimiento y estructura espacial. De ahí que haya adoptado la voz “observatorio” para designar estructuras verticales que son también, al menos en parte, estructuras culturales. En otro texto resumíamos así el programa de los observatorios:

Un observatorio no es una atalaya que permite una experiencia o percepción inmediata. Es un lugar en el que por mediación de la tecnología, de distintas técnicas, se consigue establecer un diálogo con la naturaleza que traduce la experiencia primera e inocente de la percepción en conocimiento. Por ello nos interesa este concepto de observatorio, porque se trata de una tipología en la que técnica, naturaleza y arquitectura interactúan para intensificar el diálogo entre hombre y mundo, adoptando cada uno el papel que le corresponde en la cultura contemporánea. El observatorio es así un mecanismo topológico, una forma de tecnificación y un modo de relacionar naturaleza y cultura que abraza en único gesto las tipologías tradicionales del rascacielos, del museo y del parlamento, redefiniendo también las formas en las que la arqui-

tectura ha interactuado con el parque en la tradición pintoresca y moderna. El observatorio es una forma de relacionar la tradición pragmatista —de raíz técnica— con la tradición pintoresca —de raíz plástica—, ambas subyacentes pero diferenciadas de la corriente principal del modernismo positivista (s. d.).

Los tipos mixtos, los edificios híbridos, los rascacielos bioclimáticos de Ken Yeang, los observatorios, son denominaciones contingentes y pioneros de fenómenos de transformación, de disipación energética, ahora produciéndose en la ciudad azul, estimulados por ella. De hecho, son los cuatro elementos, el aire, el agua, el sol y la tierra, considerados como objeto de contemplación, como infraestructuras o como energías, los que ahora se constituyen en los objetos principales de proyectación: exfolian continuamente proyectos, tanto de naturaleza pública como privada. Repensar los tipos desde esta atención a los elementos naturales es la clave para desarrollar una nueva organización tipológica en la ciudad azul.

Conclusión

En resumen, sabemos que, hace un siglo, el centro del mundo estaba entre París y Berlín y todo lo demás era exotismo y casos particulares. Hoy se desplaza y se seguirá desplazando hacia el cinturón tropical/subtropical (el modelo será policéntrico), y hay que pensar invirtiendo los papeles: la ciudad azul, el neopintoresco, las tecnologías híbridas y estéticas mestizas iluminarán el futuro próximo; lo que aún hoy parece testimonial crece y crecerá. Solo esperamos que al igual que los modernos fueron capaces de construir una estética a partir de la humildad de las construcciones mediterráneas, hoy seamos capaces de construir una estética que sepa integrar inteligentemente la herencia de la refinada tecnología del norte, y la ilusión que entonces se desplegó con los nuevos paisajes del cinturón subtropical y tropical produciendo una nueva idea de belleza.

Referencias

Lévi-Strauss, C. (1997). *Tristes trópicos*. Madrid: Paidós.